



Fascismo y anticomunismo en Perú: el «aprocomunismo» como factor de radicalización del proyecto de la Unión Revolucionaria (1931-1936)

Tamires de Moura Nogueira Rosa¹

Resumen

El artículo analiza la transformación del discurso anticomunista del partido político Unión Revolucionaria (UR). Se examina la adaptación de su red conceptual en el período de 1931 a 1936, una etapa marcada por la transición desde un nacionalismo de derecha a una ideología abiertamente fascista. Para este fin, se estudia la prensa oficial del partido desde el marco teórico de la Historia Conceptual. En su fase inicial, la UR empleó el neologismo «aprocomunismo» para identificar y combatir a la oposición aprista. No obstante, tras su fascistización, el discurso se reorientó para alinearse con categorías transnacionales más definidas como «comunismo» y «aprisma», y reorganizó su vocabulario y acción política en el contexto del gobierno de Óscar Benavides.

Palabras claves: comunismo, fascismo, movimientos políticos.

Fascism and Anti-Communism in Peru: “Apro-Communism” as a factor in the radicalization of the Unión Revolucionaria project (1931–1936)

Abstract

The article analyzes the transformation of the anticomunist discourse within the Peruvian political party Revolutionary Union (UR). It examines the adaptation of its conceptual framework from 1931 to 1936, a phase characterized by the transition from right-wing

1 Historiadora graduada por la Universidad Federal de Juiz de Fora (UFJF), Brasil. Investigación financiada por la Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de Minas Gerais (FAPEMIG), Brasil. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3945-4184>. E-mail: tamnrosa@gmail.com.

Citar como: Fascismo y anticomunismo en Perú: el «aprocomunismo» como factor de radicalización del proyecto de la Unión Revolucionaria (1931-1936). *Revista del Archivo General de la Nación*, 40(1), 47-68. DOI: 10.37840/ragn.v40i1.180

Recibido: 30/01/2026. Aprobado: 21/03/2026. En línea: 12/06/2026.

nationalism to an openly fascist ideology. To this end, the party's official press is studied using the theoretical lens of Conceptual History. In its initial phase, the UR employed the neologism «aprocomunismo» to identify and combat its aprista opposition. However, following its fascistization, the discourse shifted to align itself with more clearly defined transnational categories such as «communism» and «aprismo» reorganizing its vocabulary and political action within the context of Óscar Benavides' government.

Keywords: communism, fascism, political movements.

Introducción

El anticomunismo fue uno de los principales ejes conceptuales que influyeron en la dinámica política y cultural del siglo XX. Por una parte, su definición es elemental, ya que abarca «individuos y grupos dedicados a la lucha contra el comunismo, por la palabra o la acción» (Motta, 2002, traducción nuestra)². Por otra parte, esos actores demostraron una variedad de proyectos, formas y estrategias de combate. De esa manera, los discursos sobre el «comunismo» y los «comunistas» presentaban significados multifacéticos, que fueron experimentados de modos distintos, de acuerdo con la visión del mundo y las prioridades de los grupos movilizados (Stone y Chamedes, 2018).

En América Latina, el anticomunismo no fue únicamente impuesto por el exterior, ni movilizado estrictamente por las clases dominantes, ya que, incluso, hubo formas domésticas del fenómeno (Drinot, 2012). En la década de 1930, ese fenómeno en Perú presentó un carácter singular, materializado en el neologismo «aprocomunismo». Dicho vocablo político buscaba responder a la emergencia del aprismo y del comunismo, pero, al ignorar sus particularidades, los unificó bajo una única categoría de oposición. De este modo, el objetivo de este trabajo es entender cómo la Unión Revolucionaria (UR), al adaptar sus valores para responder a las cuestiones locales, produjo significados propios acerca del anticomunismo, al incorporar elementos transnacionales y locales en su retórica.

En esa coyuntura, entre los grupos que promovieron el anticomunismo en América Latina, las organizaciones fascistas del subcontinente se destacaron como uno de los principales vehículos de difusión de esa idea en el período de entreguerras. Conforme destaca Stanley Payne (2003), aunque el fascismo no esté definido solamente por sus negaciones —entre ellas, el anticomunismo—, estas constituyen parte de la tipología descriptiva propuesta por el autor. Bajo esta óptica, Payne (2003) considera las adaptaciones locales de cada organización fascista, que resultaron en características distintas entre sí, de acuerdo con los contextos nacionales, lo que incluye sus articulaciones anticomunistas.

El pensamiento fascista peruano se desarrolló con mayor despliegue en la década de 1930. En esos años, tuvo como principales expresiones el fascismo aristocrático de José de la Riva-Agüero, el núcleo mesocrático con Raúl Ferrero y su formación partidaria y popular con la UR (López Soria, 2022). Ante esto, es notorio el papel de

2 «individuos e grupos dedicados à luta contra o comunismo, pela palavra ou pela ação» (Motta, 2002).

la UR como un agente que propagó el discurso anticomunista en Perú. Esa actuación ocurrió desde su fase inicial, de carácter nacionalista y autoritario (1931-1933), hasta su abierta fascistización, bajo el liderazgo de Luis Alberto Flores³ (Molinari, 2004).

En vista de ello, y conforme al análisis de António Costa Pinto (2021), la UR se consolidó, junto al integralismo brasileño, como una de las principales organizaciones político-partidarias de carácter fascista en América Latina. De ese modo, al insertarse en la política peruana en la década de 1930, la UR articuló elementos locales y globales en su programa político, incluso en lo que respecta a su anticomunismo. Con ello, el partido promovió un discurso que combatía tanto las organizaciones y las ideas de la izquierda autóctona peruana, como las imágenes del «comunismo internacional» de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) (Molinari, 2004).

El caso en análisis es particularmente relevante debido a las especificidades del escenario político y social peruano. Entre los años 1920 y 1930, la actuación política e intelectual de José Carlos Mariátegui⁴ y Víctor Raúl Haya de la Torre⁵ contribuyó al desarrollo del pensamiento revolucionario latinoamericano. Ambos fueron influenciados por la propuesta de Manuel González Prada⁶, cuyo pensamiento tenía la figura del indígena como el principal elemento revolucionario, lo que se convirtió en la base fundamental para la izquierda peruana (Rénique, 2009).

A partir de esa influencia común, esos intelectuales siguieron trayectorias distintas, que condujeron a diferentes matices en la izquierda peruana. Por un lado, Mariátegui se vinculó a la revista *Amauta* y contribuyó a la fundación del Partido Socialista del Perú en 1928. Por otro lado, Haya de la Torre se dedicó a una propuesta de alcance internacional, centrada en la Indoamérica, a través de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), que él fundó en 1924 en México (Garaycochea, 1976).

Frente a las variadas propuestas revolucionarias que emergieron en el contexto peruano, la respuesta a ellas también resultó de las especificidades locales. Así, en este estudio, la formulación del neologismo aprocomunismo es abordada desde la perspectiva teórica de Reinhart Koselleck (2015), que entiende los conceptos como

3 Luis Alberto Flores Medina (1899-1969) se graduó en Derecho por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM). Fue uno de los fundadores de la UR y principal colaborador de Luis M. Sánchez Cerro, su primer líder y presidente del Perú. Tras el asesinato de Sánchez Cerro en 1933, Flores asumió el liderazgo del partido y orientó su rumbo hacia una abierta fascistización (Basadre, 2014).

4 José Carlos Mariátegui (1894-1930) fue el fundador del Partido Socialista Peruano y uno de los principales teóricos marxistas de América Latina. Su obra, especialmente los *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, y su actuación en la revista *Amauta* fueron fundamentales para la constitución de una izquierda autóctona en el Perú (Rénique, 2009).

5 Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979) creó el APRA y su partido derivado en el Perú, el Partido Aprista Peruano (PAP). Su proyecto político, de carácter antiimperialista y de masas, convirtió al aprismo en el principal antagonista político de la UR (Contreras y Cueto, 2018).

6 Manuel González Prada (1844-1918) fue un intelectual y poeta peruano. Participó en la Guerra del Pacífico y, tras el conflicto con Chile, viajó a Europa, donde se puso en contacto con las ideas anarquistas. En su pensamiento político, la vanguardia literaria, el indígena insurrecto y el obrero armado serían sus protagonistas (Rénique, 2009).

factores activos de transformaciones políticas y sociales. Por lo tanto, al ser utilizado en la prensa peruana, el término aprocomunismo actuó como un elemento activo de unificación ideológica de la oposición.

Para ello, y alineados con las reflexiones de Quentin Skinner (2014), que subraya el estudio del contexto para la interpretación del acto de habla, se buscará comprender el campo semántico que estructuró los significados del neologismo aprocomunismo. Este estudio se concentra, por lo tanto, en el momento de la producción discursiva. Con ese objetivo, se analizarán los periódicos producidos por el partido: *La Opinión*⁷, *Acción*⁸ y *La Batalla*⁹, una vez que se los entiende como el principal vehículo para la difusión de su vocabulario político y la construcción de sus enemigos. Con este análisis, se busca ubicar el discurso de la UR en las dinámicas sociales, al examinar el carácter anticomunista del proyecto urrista.

Nuevos contextos, partidos e ideas políticas: el escenario peruano entre las décadas de 1920 y 1930

El fin de la Primera Guerra Mundial y el impacto de la Revolución Rusa contribuyeron a la circulación de nuevas ideas entre Europa y América Latina, lo que creó un escenario de gran efervescencia cultural. Según Hobsbawm (2017), ese período se caracterizó por dos factores claves: la participación de los movimientos populares en la política a escala nacional y el inicio del reconocimiento de la nación —por parte de intelectuales y políticos— como el conjunto de todas las personas que la componen. En este panorama, las transformaciones en la sociedad peruana entre los años diez y veinte modificaron las relaciones entre intelectuales y masas. Eso ocurrió a causa de la crisis de la denominada «República Aristocrática», junto a la intensa movilización de las masas populares (Aricó, 2015).

La *Patria Nueva* de Augusto Leguía simbolizó la búsqueda de un nuevo proyecto para el Perú. Iniciado con un golpe de Estado en 1919, el régimen procuraba romper el control político de las élites civilistas e incorporar, de manera limitada, a los sectores medios, trabajadores e indígenas, como respuesta a la creciente masificación de la sociedad

7 El periódico *La Opinión* fue el principal medio de propaganda del partido entre 1931 y 1932. Desde el principio, su objetivo fue apoyar la candidatura de Sánchez Cerro, exaltando su rol de liderazgo. Tuvo como director a Isaac Alcocer Alzamora y, posteriormente, a Germán Campos como redactor jefe. En 1939, fue retomado por Cirilo Ortega como vehículo de información de la corriente del partido que pasó a ser liderada por él tras el exilio de Luis Alberto Flores. Para obtener información sobre la diagramación y el contenido del periódico, consulte: Rosa, T. de M. N. (2024). Entre “*A Razão*” e “*La Opinión*”: nacionalismos de direita na imprensa latino-americana (1931-1932) [Tesis de licenciatura, Universidad Federal de Juiz de Fora].

8 El periódico *Acción* fue producido entre 1933 y 1936, y se presentó como «órgano de la Unión Revolucionaria». Dirigido por C. A. Meza, fue el principal periódico de la UR fascista, al difundir sus ideales y su actuación política. En 1939, fue retomado, bajo la misma dirección, por la facción del partido liderada por Cirilo Ortega, con un discurso que buscaba alejarse del fascismo de Flores y retomar los ideales de la Revolución de Arequipa y la memoria de Sánchez Cerro.

9 El periódico *La Batalla* funcionó en 1936 bajo la dirección de Juan Picón Pinzás. Fue responsable de la publicación del «Estatuto Orgánico de la Unión Revolucionaria», el cual presentó los principios del partido mientras este se preparaba para las elecciones de 1936.

(Contreras y Cueto, 2018). De esta forma, las acciones del gobierno contribuyeron a la formación de variados movimientos, como el proyecto de reforma universitaria y el indigenismo —contexto en el cual Haya de la Torre y Mariátegui ejercieron gran influencia—. Sin embargo, esas articulaciones superaron las expectativas de control que el régimen deseaba. De esa forma, en poco tiempo, el gobierno se volvió arbitrario e intolerante, especialmente con los sectores de la izquierda política (Rachum, 1993).

En la década de 1920, Haya de la Torre y Mariátegui conformaron la vanguardia que buscaba construir un camino revolucionario. Sus proyectos se conectaban a las corrientes internacionales y, al mismo tiempo, se enraizaban en las condiciones particulares del Perú (Rénique, 2009). Para ambos, la población indígena sería la propulsora de la revolución que se vislumbraba. En ese contexto, surgió un nacionalismo regional y étnico que se integró al movimiento conocido como indigenismo (Contreras y Cueto, 2018). Por lo tanto, al buscar la revalorización de la población indígena, ese proceso que se inició en la literatura se extendió a la pintura, la arqueología, la política y las ciencias sociales.

Al regresar de Europa en 1923, Mariátegui encontró un ambiente intelectual agitado. Parte de su trabajo se reflejó en la revista *Amauta* (1926-1930), que presentaba ensayos, historias, cuentos, poemas y dibujos que demostraban la preocupación con el presente y el futuro de la mayoría indígena (Chang-Rodríguez, 1984). En el ámbito político, Mariátegui sintetizó su proyecto con la fundación del Partido Socialista del Perú, en 1928. Además, ayudó a crear la Central General de Trabajadores del Perú (CGTP), con el objetivo de centralizar los sindicatos de obreros (Contreras y Cueto, 2018).

La formación partidaria propuesta por Mariátegui buscó crear una organización que, simultáneamente, se integrara a la órbita de la Internacional Comunista (IC) y se arraigara en las condiciones contextuales del Perú (Kaysel, 2012). Sin embargo, su muerte en 1930 conllevó, también, el fracaso de su propuesta heterodoxa. Por consiguiente, la organización se convirtió en el Partido Comunista Peruano (PCP), que se alineó con la URSS bajo el liderazgo de Eudocio Ravines¹⁰ (Aricó, 2015).

Haya de la Torre, por su parte, fundó el APRA en 1924, en México. El movimiento se postuló como un frente antiimperialista continental y contó con la colaboración de los comunistas hasta 1927, cuando se produjo la ruptura entre Haya de la Torre y la IC (Kaysel, 2012). Según Aricó (2015), esa perspectiva hallaba un fundamento importante en la reforma universitaria. Haya de la Torre participó en ese movimiento y a través de él percibió la posibilidad de expandir la lucha por todo el continente. De esa manera, el aprismo preconizaba la alianza entre clases —obreros, campesinos y clase media— para combatir el imperialismo en la llamada «Indo-América».

10 Eudocio Ravines (1897-1979) fue un político, escritor y periodista. Fue el dirigente del PCP, entrenado por la Tercera Internacional, después de la muerte de Mariátegui. Frente a la política inmediata, Ravines siguió una línea orientada hacia la insurrección que debía enrumbarse hacia los soviets de soldados, obreros, indígenas, campesinos y marineros, al amparo de la honda crisis económica que afectaba al país y al mundo (Basadre, 2014).

Además de ese panorama intelectual, las transformaciones económicas del inicio del siglo XX fueron notables, especialmente con la búsqueda del Perú por insertarse en los circuitos del mercado mundial. La ampliación de la minería y del sistema latifundista en la producción agrícola, el desarrollo capitalista en la costa y la mayor integración de las regiones por medio de los ferrocarriles posibilitaron la vinculación de los territorios a la economía de mercado (Anderle, 1985). Sin embargo, la Gran Depresión de 1929 produjo impactos económicos en diversas regiones del mundo, incluyendo al Perú, que vio su economía desacelerarse en los años siguientes (Basadre, 2014).

De hecho, la década de 1930 se caracterizó por profundas transformaciones sociopolíticas en el ámbito local y global. La inestabilidad económica afectó gravemente las exportaciones peruanas y llevó a la retracción de los capitales extranjeros, que habían servido de base para la modernización promovida por el leguismo a lo largo de los años veinte (Contreras y Cueto, 2018). A pesar de la implementación de medidas económicas para minimizar los efectos de la crisis, la reputación de Leguía empeoraba cada día. De ese modo, una sublevación de las guarniciones del Ejército de Arequipa y Puno puso fin a la gestión de la Patria Nueva en agosto de 1930 (Giesecke, 2010).

La Revolución de Arequipa, como se conoció ese golpe de Estado, marcó la inserción de nuevos actores en la política peruana, los cuales ya se reorganizaban desde la década anterior. En ese contexto, además de la reorganización del PCP, conviene resaltar la fundación del Partido Aprista Peruano (PAP) y de la Unión Revolucionaria (UR).

En 1930, el PAP fue fundado con el propósito de insertar el aprismo, que hasta entonces era un movimiento popular de agitación ideológica, en la política peruana (Garaycochea, 1976). La UR, a su vez, de base nacionalista y autoritaria, surgió a partir de los clubes de apoyo a Luis Miguel Sánchez Cerro¹¹, el líder del golpe que destituyó a Leguía y quien lideró la primera Junta de Gobierno que asumió el control del país (Molinari, 2004).

El PAP y la UR se consolidaron como los principales partidos políticos de masas en el Perú a lo largo de la década de 1930 (Candela, 2011). Ambos fueron actores centrales en la elección presidencial de 1931, cuya disputa se concentró entre Haya de la Torre y Sánchez Cerro, con la victoria de este último (Basadre, 2014). Sin embargo, incluso después de la elección, se mantuvieron los conflictos políticos derivados del contexto de inestabilidad experimentado desde 1930.

Aun con los nuevos parámetros instalados por el Jurado Nacional de Elecciones (JNE) para mantener la legalidad de la elección, los apristas impugnaron el resultado

11 Luis Miguel Sánchez Cerro (1889-1933) inició su carrera en la Escuela Militar de Chorrillos. Al liderar la primera revuelta contra el gobierno de Augusto Leguía, fue enviado a Europa en 1922. Su regreso al Perú fue marcado por el ascenso a teniente coronel, cuando encabezó el movimiento que culminó en la Revolución de Arequipa en 1930. Presidió la primera Junta de Gobierno instaurada tras el golpe que derrocó al presidente. Al apartarse de la Junta, se dirigió a Europa, donde estableció contactos con políticos e intelectuales peruanos, como los hermanos Francisco y Ventura García Calderón. En 1931, fue elegido presidente del Perú, cargo que ocupó hasta su asesinato en 1933 (Ciccarelli, 1969).

y solicitaron su anulación (Basadre, 2014). En consecuencia, estallaron protestas en todo el país, lo que resultó en enfrentamientos entre fuerzas policiales y manifestantes. Esos conflictos evidenciaron el período turbulento marcado por la beligerancia entre el PAP y las Fuerzas Armadas. Ante eso, José Manuel García Bedoya, ministro de Gobierno de Sánchez Cerro, encaminó al Congreso Constituyente un proyecto de Ley de Emergencia, aprobado rápidamente bajo el pretexto de salvaguardar el orden público (Basadre, 2014).

La ley entró en vigor inmediatamente en enero de 1932, lo que resultó en el cierre de unidades de la Universidad Popular González Prada y de comités del PAP (Basadre, 2014). Además, el Poder Ejecutivo impuso la pena de expatriación a 23 parlamentarios del Congreso, en su mayoría apristas. A partir de aquel entonces, la represión se intensificó con nuevas prisiones y deportaciones, además del cierre de la prensa de oposición (Basadre, 2014).

Bajo estas circunstancias, el gobierno de Sánchez Cerro, apoyado por sectores heterogéneos, pero predominantemente nacionalistas y antiapristas, consolidó un creciente proceso autoritario en el país (Molinari, 2004). En marzo de 1932, el presidente sufrió un atentado al salir de una iglesia en Miraflores. Sánchez Cerro y sus bases de apoyo utilizaron políticamente el hecho, a fin de reforzar el antiapristismo y justificar la continuidad de las acciones autoritarias del gobierno (Molinari, 2004).

Uno de los momentos centrales de ese proceso fue la insurrección aprista de Trujillo, en julio de 1932, que fue una tentativa revolucionaria armada que buscaba derrocar al gobierno de Sánchez Cerro (Giesecke, 2010). Sin embargo, la crisis no se limitó a la esfera interna. Bajo el creciente contexto de inestabilidad económica y política, la insatisfacción con el Tratado Salomón-Lozano¹² propició el inicio del Conflicto de Leticia, en la frontera con Colombia, en septiembre de 1932. Además, la beligerancia entre el gobierno y los sectores apristas se agudizó. El 30 de abril de 1933, este conflicto culminó en el asesinato de Sánchez Cerro por Abelardo Mendoza Leiva, un militante aprista que realizó disparos en el Hipódromo de Santa Beatriz (Molinari, 2004).

En ese escenario, el Consejo de Ministros asumió el Poder Ejecutivo y luego el Congreso Constituyente eligió al general Óscar Benavides¹³ para dar continuidad al mandato en vigencia. Sin embargo, la elección no respetó la nueva Constitución de 1933, que impedía la posesión de militares activos en servicio. A pesar de ello, los partidarios de Benavides justificaron esa maniobra como el medio más viable de mantener la precaria estabilidad del país, sin dejar margen a las actividades de oposición (Candela, 2021).

12 El Tratado Salomón-Lozano fue un acuerdo de frontera firmado el 24 de marzo de 1922, que puso fin a una disputa territorial de casi un siglo entre Colombia y Perú. Esta medida fue, por lo tanto, aprobada durante el Oncenio y resultó en la pérdida de un extenso territorio peruano (Basadre, 2014).

13 Óscar Benavides (1876-1945) fue un militar y político peruano. Tras una breve presidencia en 1914-1915, se desempeñó en la diplomacia peruana. Regresó a Perú después de la Revolución de Arequipa y, bajo el gobierno de Sánchez Cerro, sirvió como jefe del Consejo de Defensa Nacional (Candela, 2021).

El anticomunismo en la Unión Revolucionaria de Sánchez Cerro (1931-1933)

Fue en ese contexto que Sánchez Cerro desempeñó un papel central en la fundación y el desarrollo de la UR —incluso después de su muerte, al legar una imagen de liderazgo para el partido—. Su figura carismática y su imagen de hombre común y mestizo, juntamente con su acción política desde los años veinte, son aspectos que fortalecieron su candidatura en 1931, la cual fue apoyada por la fundación del partido (Basadre, 2014).

El partido político tuvo su origen con el Comité de Saneamiento y Consolidación Revolucionaria, creado en enero de 1931 por un grupo antileguista (Molinari, 2004). Desde ese entonces, se formaron clubes populares que buscaban apoyar a Sánchez Cerro y cimentaron las bases multitudinarias de su campaña electoral y del propio partido. Eso fue posible mediante la incorporación de los clubes sanchecerristas a la UR, para formar los comités partidarios. Ese proceso fue difundido en las páginas del periódico *La Opinión*, que convocó a las dirigencias del movimiento sanchecerrista a transformar los clubes en subcomités del partido, mediante la adhesión a la Secretaría de Organización de la UR¹⁴.

Por lo tanto, desde la formación inicial del partido, se destaca la importancia de los periódicos para la difusión de las ideas de la UR, incluido su carácter anticomunista. En ese sentido, se entiende la prensa periódica como una importante fuerza política, cuyos discursos posibilitan investigar las ideas que circulaban en determinada época. Tales enunciados no estaban desvinculados de los contextos en los cuales fueron producidos. De hecho, tal como indica Koselleck (2015), los conceptos se fundamentan en sistemas político-sociales que se relacionan y permiten la comprensión de las comunidades lingüísticas.

En el caso que se analiza, *La Opinión* acompañó la primera fase de la UR, con su publicación iniciada en el mismo periodo de la fundación del partido. En tal coyuntura, el periódico integró el aparato propagandístico que buscaba elegir a Sánchez Cerro. De esa forma, en primer lugar, se procuraba combatir las herencias del leguismo. Con ello, el periódico advierte a sus lectores: «deben saber todos que el leguismo ni ha muerto ni mucho menos, es una hidra de siete cabezas, es cierto que algunas cabezas están eliminadas pero el cuerpo trata de resucitar y apoderarse otra vez del poder» (“El peligro de una reacción”, 1931, p. 3). El uso de la metáfora de la «hidra» buscaba llamar la atención de los electores para que se mantuvieran atentos a las candidaturas leguistas, a fin de resaltar la persistencia del peligro de una nueva dictadura.

Además, la emergencia del aprismo en la política peruana mediante la candidatura de Haya de la Torre también movilizó las publicaciones de *La Opinión*. Es fundamental comprender cómo el periódico, durante el período electoral, demarcó la distinción entre el PCP y el PAP, al destacar que el primero rechazó la formación de un «frente único de izquierdas» (“La izquierda repudia”, 1931, p. 2). En ese período, el PCP defendía la lucha de clase contra clase, lo que también fortaleció la lucha obrero-campesina. Por ello, la negativa a aliarse con el PAP condujo a su aislamiento (Anderle, 1985).

14 Para obtener información, consulte la edición del 25 de noviembre de 1931 de *La Opinión*.

Esa negativa fue utilizada por *La Opinión* como un medio de depreciación del aprismo:

Este repudio de los comunistas a toda concomitancia con esa creación artificial y bullanguera denominada aprismo, nada tiene de sorprendente. El partido comunista tiene una idealidad, errada para el sentir de muchas gentes, pero claramente establecida y organizada en un programa [...] Y Es natural que el comunismo [...] se niegue rotundamente a emulsionarse con agrupaciones políticas cuya más notable característica es la ausencia de todo programa. (“La izquierda repudia”, 1931, p. 2)

En esta producción discursiva, el periódico buscaba descalificar a su principal opositor electoral, al negar la existencia de un programa político aprista. De esta manera, al movimiento de Haya de la Torre se le atribuyen dos rasgos principales: la artificialidad y la bullanga, con el fin de asociarlo a la turbulencia y la agitación política. Por consiguiente, al entender el proyecto urrista como una forma de nacionalismo de derecha, conviene resaltar la negación de disensos, que eran vistos como agentes de morbilidad, fragmentadores y debilitadores del cuerpo nacional. De esta perspectiva, según Carvalho Filho (2023), se deriva la búsqueda de la eliminación de toda oposición.

Tras la victoria de Sánchez Cerro no hubo un apaciguamiento de las fuerzas de oposición. El cuestionamiento de la legalidad del resultado del proceso electoral y la realización de rebeliones marcaron los últimos meses de 1931 (Anderle, 1985). Ante esto, *La Opinión* escribe que «una ola de pavor ha invadido a los apro-leguistas y a sus cómplices. [...] los citados ven por todas partes regimientos que se levantan en armas» (“Las visiones del terror”, 1931, p. 2). De este modo, fue en ese contexto que surgió el primer neologismo que buscaba sintetizar las fuerzas a las cuales la UR se oponía: el leguismo y el aprismo.

No obstante, más que una mera producción accidental, la difusión del término por el periódico oficial de la UR demuestra la búsqueda de asociar a estos dos campos opositores. No se trataba de una falta de conocimiento de sus distinciones, sino de un acto deliberado para incluir esta idea en la red conceptual en circulación en la época. De acuerdo con Koselleck (2015), la creación y el uso frecuente de neologismos pueden transformar el campo de la experiencia política y social. En el contexto en análisis, se denota, por lo tanto, la contribución de la UR a la difusión de este nuevo término, a fin de influir en los «horizontes de expectativas»¹⁵ de la política peruana. Esto es, con la unión de las oposiciones, neutralizarlas simultáneamente.

15 Se emplea la categoría metahistórica de «horizonte de expectativa», propuesta por Koselleck. Esta noción facilita la comprensión del tiempo histórico al permitir el entrelazamiento entre el pasado y el futuro. Para el autor, la expectativa «se realiza en el hoy, es futuro presente volcado hacia él aún-no, hacia lo no experimentado, hacia lo que apenas puede ser previsto» (Koselleck, 2015, p. 309-310, traducción nuestra). De esta forma, el «horizonte de expectativa» permite aprehender las proyecciones de futuro de un grupo social. Al analizarlas a partir de sus contenidos específicos, estas proyecciones también suscitan la comprensión de las acciones concretas en el movimiento social y político.

Este proceso de creación de antagonismos no se llevaba a cabo de forma aislada, sino con el objetivo de defender y proyectar el gobierno de Sánchez Cerro. De este modo, el periódico afirma que la victoria de Sánchez Cerro es «el más limpio e indiscutible que ha presenciado jamás el Perú. Ha ganado contra la oposición oficial, contra el leguismo, contra su aliado el Apra, contra una serie de viejos partidos y de nuevas organizaciones políticas» (“Los absurdos pretextos”, 1931). Este fragmento evidencia tanto la defensa de la victoria electoral como la proyectada alianza entre leguismo y aprismo.

De esta forma, en los primeros meses del gobierno constitucional de Sánchez Cerro, tanto el aprismo como el leguismo eran presentados en las páginas de *La Opinión* como enemigos políticos de la UR. No obstante, el leguismo se fue convirtiendo progresivamente en una amenaza del pasado, lo que se evidencia en la disminución de las menciones al «apro-leguismo» en las publicaciones analizadas. Además, la muerte de Leguía en febrero de 1932, que ya tenía su salud debilitada, contribuyó a la dilución de la idea del leguismo como una fuerza política activa a partir de aquel entonces.

En contrapartida, las oposiciones aprista y comunista seguían presentes, aunque actuaban bajo la represión del gobierno. No obstante, conforme indica Anderle (1985), desde el fin de las elecciones, la situación política se caracterizó por la contracción del influjo del PCP y de la CGTP. De este modo, los enfrentamientos predominantes tuvieron lugar entre los gobiernos de la década de 1930 y el aprismo, que también se erigió como la figura central de oposición en el periódico *La Opinión*.

De esta forma, en la prensa urrista, el «comunismo» y los «comunistas» emergieron más como términos genéricos para indicar los antagonismos políticos que, propiamente, para referirse al PCP, cuyas menciones son puntuales. Desde esta perspectiva, el «comunismo» fue presentado como una amenaza a nivel transnacional, en referencia a la URSS y a la IC.

En relación con esto, es relevante señalar una serie de publicaciones titulada *El infierno del Bolchevismo*, que buscaba informar a sus lectores sobre los peligros de la vida y de la doctrina comunista. Esta secuencia abordó desde cuestiones económicas, pasando por la violencia de la policía soviética, hasta la falta de moral y de religión. En este sentido, se afirma:

Lo monstruoso del bolchevismo es increíble e interminable. [...] Si por lo menos, saliese de ella la redención del obrero, el fin del proletariado. Pero no. El obrero en Rusia está en pésimas condiciones, falta de libertad, falta de trabajo, falta de dinero, falta de comestibles, falta de educación. Ojalá tuviese tiempo de exponer las abyecciones a que el Gobierno los sujeta, la falta de libertad, la falta de bienestar. Ojalá tuviese tiempo de explicar la plaga de nikos abandonados, la plaga de mujeres divorciadas, la plaga de seres degenerados [...]. (Villarino, 1932, p. 12)

En este fragmento, se evidencia una serie de problemas generados o agravados por el bolchevismo. Por ello, la publicación, además de bosquejar un panorama ruso convulsionado, también procuraba alcanzar a públicos diversificados con estas críticas: desde los trabajadores y las condiciones laborales, hasta la dimensión moral, con la legalización del divorcio.

Además, es interesante percibir cómo estas cuestiones también cruzaban el panorama peruano. En ese período, el sentimiento de una «amenaza comunista» era transfronterizo, por lo que alcanzó a América Latina (Stone y Chamedes, 2018, p. 5). De este modo, renegar de los ideales y las condiciones de vida bolcheviques significaba, también, alejar la posibilidad de materialización de estas ideas que ya circulaban en el Perú.

En ese escenario, se destaca el proceso de convergencia entre las ideas de «aprimismo» y «comunismo», si bien estos movimientos resultaban antagónicos a nivel doctrinario. Esta equiparación, sin embargo, no implicaba la necesidad de distinguirlos para diversos sectores de la sociedad peruana en la época, como se observa en la correspondencia del propio Ejército presentada por Giesecke (2010). De ese modo, queda claro que dicho fenómeno no fue exclusivo de la UR.

De esta forma, entre 1931 y 1932, hubo una serie de insurrecciones y levantamientos inspirados tanto por los comunistas como por los apristas. No obstante, Anderle (1985) señala que no hubo, necesariamente, un profundo trabajo de organización y coordinación de estos actos, entre los cuales se destacó el movimiento de Trujillo, capital del departamento de La Libertad, al norte del país.

Iniciado el 7 de julio de 1932, el proceso insurreccional contó tanto con el aparato partidario del PAP local como con una masiva presencia de trabajadores (Giesecke, 2010). Los participantes buscaban, en primer lugar, el control de la ciudad, pero la administración aprista duró pocos días, con el contraataque militar promovido por el Ejército peruano, que retomó el control de la ciudad (Giesecke, 2010).

En las páginas de *La Opinion*, la repercusión fue inmediata. Al día siguiente del inicio de la insurrección, el periódico ya indicaba estar siguiendo «un movimiento revolucionario de carácter apro-comunista» (“Nuestro comentario”, 1932, p. 6). A partir de entonces, una serie de comunicados oficiales, telegramas y artículos informaron a los lectores del periódico sobre las acciones de los revolucionarios, pero, principalmente, sobre las medidas de combate del gobierno de Sánchez Cerro. Además, el periódico también publicó sus análisis y opiniones sobre lo sucedido. De este modo, el editorial del 9 de julio afirmaba:

Los apro-comunistas de Trujillo han intentado apoderarse de las instituciones y del poder, tomando al asalto la prefectura de ese departamento. Planes terroristas se pusieron en práctica, los planes terroristas que son los únicos medios que emplean los impotentes, para llegar a amedrentar los ánimos e infundir el pavor en el

pueblo. [...] Son estos funestos resultados los que el pueblo peruano está evitando. Para la felicidad de la patria, la mayoría de nuestros elementos son conscientes y patriotas, que no permitirán de ninguna manera que la nación vuelva al caos del que acaba de salir; defendiendo con su sangre y con su esfuerzo la causa justa de nuestro régimen legalmente constituido. (“El clamor de los pueblos”, 1932, p. 2)

En este fragmento, se percibe la consolidación, por parte de la prensa de la UR, del uso del neologismo «apro-comunistas» para referirse a los participantes del movimiento de Trujillo. En ese contexto, conviene resaltar la acción «terrorista» empleada para la toma del poder, lo que sería un medio ilegítimo y usado solo por «impotentes». Por ello, se busca descalificar la acción, tomándola como un caso aislado, ante toda una nación —representada por el pueblo— que estaría observando esas acciones con pavor. De esta forma, se percibe la formulación de una red conceptual en torno al aprocomunismo que, progresivamente, lo comprende como un enemigo que debe ser enfrentado.

Estas acciones de combate fueron protagonizadas por el gobierno de Sánchez Cerro. El gobierno, a través del aparato militar del Estado, produjo una violenta respuesta a la insurrección de Trujillo. Conforme narra Giesecke (2010), el proceso de recuperación del control de la ciudad estuvo marcado por el uso extremo de la violencia, que incluyó el uso de aviones de bombardeo, un gran contingente militar y masacres en la prisión, además de una serie de fusilamientos realizados por el Ejército que se prolongaron durante días. En ese panorama, «el aprocomunismo fue identificado como el enemigo máximo de la nación y del Ejército» (Giesecke, 2010, p. 356).

En este sangriento panorama, se desarrolló un progresivo proceso de radicalización del discurso y de las prácticas de la UR. Los editoriales de *La Opinión*, al reflejar las diversas manifestaciones enviadas por lectores y organizaciones al periódico, pasaron a defender abiertamente una postura de «castigo a los facciosos» (“Castigo a los facciosos”, 1932, p. 2), justificando la represión como necesaria para restablecer el orden después de los enfrentamientos.

Además, se destaca el editorial titulado «Política de Partido», que aboga por la realización de un gobierno «fuerte», capaz de reconstruir la nacionalidad. En esta publicación, se afirma que:

para que el Gobierno pueda realizar integralmente su programa es necesaria una política de partido, como lo proclamara en sensacional momento el expresidente del Concejo de Ministros Dr. Flores. Y esta política de partido, para ser efectiva, exige que de una vez se consume el absoluto desplazamiento de los elementos adversos a la Unión Revolucionaria. No puede concebirse la complacencia ni la convivencia con elementos que en todo momento conspiran contra la obra del Gobierno [...]. El Partido debe [...] revivir su beligerancia rotunda y contundente (“Política de partido”, 1932, p. 2)

De esta forma, para alcanzar el objetivo defendido por *La Opinión*, sería preciso retomar una «política de partido» —expresión atribuida a Luis Alberto Flores—. En esa época, él ya era un prominente miembro de la UR y actuaba como ministro en el gobierno de Sánchez Cerro (Basadre, 2014). Por ello, el periódico moviliza su discurso para defender una radicalización que promovería un acercamiento entre el gobierno y la UR. En ese sentido, como afirma Molinari (2004), no se buscaba un partido para un proceso político democrático, sino una especie de partido monolítico para un modelo político autoritario, bajo una sólida base popular.

Para que esto se concretara, se negaba la pluralidad política mediante el «desplazamiento» de la oposición a la UR. De este modo, el fragmento mencionado evidencia la negativa a la convivencia de elementos contrarios, lo que demandaría la exclusión total de los opositores. Así, al considerar el contexto de publicación de este editorial, en julio de 1932, se hace evidente su referencia al combate contra el aprocomunismo. Para ello, cualquier medida podría ser utilizada, incluida la dimensión beligerante y contundente del partido. De esta forma, la producción discursiva demandaba explícitamente al gobierno que usara su fuerza para destruir la oposición, pavimentando el camino para el establecimiento de un régimen autoritario, sin competición política y centrado en la UR.

Asociado a esto, al noticiar las actividades del partido, el Sub-Comité número 1 del cuartel primero, ex-Triunfo de la Opinión del Mercado de la Aurora, publicó las medidas aprobadas en la reunión de la organización ante lo ocurrido en Trujillo con el fin de combatir a la «Internacional Apro-Comunista» (“Actividades”, 1932, p. 9). Entre ellas, se destaca: «Militarizar a los componentes del Sub-Comité y ofrecer al gobierno nuestro contingente de sangre» (“Actividades”, 1932, p. 9). En este sentido, la formación de fuerzas paramilitares ya era un objetivo de, al menos, parte de la militancia del partido, aún en la primera fase de la UR, bajo el liderazgo de Sánchez Cerro.

Ante esto, es relevante señalar que, en la década de 1930, los movimientos fascistas alrededor del mundo buscaron fundamentar sus organizaciones a partir de movimientos de masas. Según la descripción propuesta por Payne (2003), esta movilización ocurría gracias a la militarización de las relaciones y del estilo político, con el fin de crear una milicia partidaria de masas. Este elemento es analizado con atención por la historiografía del fascismo, y capta también la atención de Griffin (2019), quien moviliza la noción de «partido-milicia», y Mann (2004), quien comprende el paramilitarismo como el componente fascista capaz de «purificar» el cuerpo nacional de elementos indeseados.

De esta forma, aunque el período de liderazgo de Sánchez Cerro no se comprende como una etapa abiertamente fascista de la UR, se denota una progresiva convergencia hacia elementos que contribuyeron a su fascistización. Estos factores incluyen tanto la retórica de los líderes como las acciones tomadas por sectores de la UR. Entre estas últimas, se ejemplifica la búsqueda de militarización del partido —además de las acciones del gobierno de Sánchez Cerro, responsable de leyes y acciones de ilegalización y combate a sus opositores—.

En este cuadro, la movilización del término aprocomunismo fue central. El uso de ese neologismo permitió la fusión de elementos locales y globales que, en la década de 1930, compusieron la «amenaza comunista» en Perú. Esto es, en el panorama transnacional de circulación de ideas revolucionarias de izquierda, el uso de la noción de aprocomunismo unificaba a las izquierdas políticas tanto a nivel nacional —en referencia al PAP y al PCP— como a nivel internacional, en referencia al bolchevismo, que también estaba en el horizonte de la época. Así, al promover esta unificación, las publicaciones analizadas posibilitaron el direccionamiento de los discursos de la UR y de las acciones del gobierno de Sánchez Cerro hacia un enemigo común —pese a que, en la práctica, existían disensos y pluralidad en la izquierda.

Esta construcción beligerante del enemigo sirvió como catalizador para que la UR expusiera, a través de su prensa, los procesos de radicalización y las ideas autoritarias que ya estaban en circulación entre Europa y América. No obstante, fue en ese momento de enfrentamiento y de violencia política que las propuestas autoritarias fueron expuestas de forma cada vez más clara y directa a la sociedad peruana. De tal manera, la lucha contra la izquierda fue utilizada para justificar la urgencia de una acción autoritaria, que, según Molinari (2004), se consolidó en la reestructuración de la UR.

El período fascista de la Unión Revolucionaria y su anticomunismo (1933-1936)

El asesinato de Sánchez Cerro generó importantes cambios en la política peruana. Al asumir la presidencia de la República, Óscar Benavides buscaba superar el período de violencia que caracterizó los primeros años de la década de 1930 por medio de la mejora de la situación económica y de una gestión política cautelosa (Candela, 2021). En el seno del partido, la UR también se transformó bajo la dirección de Luis Alberto Flores (López Soria, 2022). Según Molinari (2004), entre 1933 y 1934, el partido pasó por una «reestructuración orgánica», que implicó la defensa y la promoción de una línea fascista —proceso que, según López Soria (2022), se puede rastrear a través de los órganos de prensa de la UR, como *Acción* y *La Batalla*—.

En ese panorama, la UR se convirtió en un partido de derecha en oposición a Benavides (Pinto, 2021). De ese modo, sus publicaciones no solamente reflejaban, sino que también influían en ese nuevo posicionamiento del partido, ahora abiertamente fascista y fuera de la presidencia de la República. Esa reorganización se caracterizó por la creación de las milicias de camisas negras, la xenofobia contra inmigrantes asiáticos y la defensa de un modelo corporativista para el Estado peruano (López Soria, 2022).

Además, según Anderle (1985, p. 294), «al morir Sánchez Cerro la UR trató de asegurarse una vida autónoma e —impulsada particularmente por su anticomunismo y diciendo seguir el «espíritu» de Sánchez Cerro— se orientó, bajo la dirección de L. Flores, hacia el fascismo». De esa forma, aunque el anticomunismo fuera un fenómeno mucho más amplio, compartido por el gobierno de Benavides, sectores militares, la Iglesia y la oligarquía, en la UR se destaca su dimensión anticomunista como el elemento propulsor central.

En su estudio sobre la historia del fascismo, Payne (2003) considera que, en el Perú, la UR fue el único movimiento político con cierta importancia que invocó el fascismo. Con ello, él comprende la UR como un movimiento nacionalista, populista y autoritario. No obstante, contrario a la perspectiva adoptada por Payne (2003), para quien los movimientos que se aproximaron al fascismo en América Latina fueron solamente copias europeas, se entiende que el fascismo presentó articulaciones históricas diferentes y mutaciones nacionales (Grecco y Gonçalves, 2022).

Así, al concebir el fascismo como un fenómeno simultáneamente global y local (Grecco y Gonçalves, 2022), se percibe la propia oposición al aprismo como una articulación nacional del anticomunismo. En este sentido, no se busca desconsiderar las diferencias doctrinarias entre el aprismo y el comunismo en el Perú, sino entender su movilización conjunta en la prensa de la UR. De esta forma, tal como indican Anderle (1985), Molinari (2004) y López Soria (2022), la dimensión anticomunista y antiaprista siguió presente en la UR de Flores. Sin embargo, por medio del análisis de las producciones discursivas vehiculadas en los periódicos urristas *Acción* y *La Batalla* entre 1933 y 1936, se percibe una transformación en la red conceptual que sustentó el discurso y la acción política de la UR.

El combate al comunismo en su dimensión internacional siguió presente en los periódicos analizados (López Soria, 2022). Tal como en *La Opinión*, en *Acción* también hay una secuencia de publicaciones que tratan sobre el comunismo ruso. Titulada *Lecturas para el pueblo: Revelaciones sobre la tragedia social que representa el comunismo* (1933, p. 4), la secuencia aborda la búsqueda de la URSS por «sovietizar al Mundo y establecer el Comunismo como base de organización de los pueblos». Este proyecto político es criticado por caracterizarse como una dictadura de clase que amenaza la patria y la democracia.

Ante esto, se afirma que «frente al comunismo bolchevique hay que erigir la doctrina de la democracia nacionalista que proclama la igualdad de todos los hombres sin distingos de clases ni de condiciones sociales, y preconiza la sagrada necesidad de la patria» (“Lecturas para el pueblo”, 1933, p. 4). Con ello, *Acción* no solo desapruueba la implementación del comunismo, al entenderlo como una amenaza al país, sino que también realiza una proposición alternativa: una «democracia nacionalista».

En esa perspectiva, se configuraba un modelo centralizado en la nación y, al contrario de la lucha de clases atribuida al comunismo, se anhelaba un régimen basado en la armonía social y en la unidad del país, tal como indica el *Manifiesto a la nación de Flores* (1933). Sin embargo, es preciso tener en cuenta que esto no significaba la pretensión de ideales democráticos por parte de la UR. En ese contexto, se trata de una estrategia discursiva, adoptada por diversos movimientos fascistas, que consiste en la resignificación de términos.

La «democracia nacionalista» era, por lo tanto, una apropiación terminológica de un vocablo en circulación. Lejos de buscar una democracia liberal, su significación se

alineaba con la instauración de un Estado Corporativo. En este modelo, la «igualdad», sin distinción de clases, se alcanzaría mediante la subordinación de los intereses individuales y de clase a un bien común superior (Pinto, 2021). Con ello, se pretendía presentar el régimen como una forma superior y «orgánica» de organización política, social y económica, en contraste con el desorden comunista o la ineficiencia de la democracia liberal de la época (Pinto, 2021).

Además, había una articulación directa entre las realidades global y local. En el periódico *La Batalla*, León A. (1936, p. 3) afirma que, en el mundo, «solamente existen dos tendencias doctrinarias, el FASCISMO q' es sacrificio, jerarquía y corporativismo y el COMUNISMO». De esta manera, se crea un panorama dual, a partir del cual se empieza a leer el posicionamiento de los actores políticos, de modo que, en el caso de los partidos peruanos, el autor afirma que:

Solamente dos tienen arraigo popular la «UNION REVOLUCIONARIA» y el «PARTIDO APRISTA», [...] uno mantiene el estandarte de la revolución de Arequipa, [...] es resueltamente Fascista; el otro preconiza la lucha de clases, enarbola la bandera de la rebelión, y su carácter es esencialmente comunista (León A., 1936, p. 3)

Con este fragmento, se observa que la UR busca asociarse directamente al fascismo y, al mismo tiempo, clasifica al PAP como comunista. De este modo, y tal como describe Koselleck (2015), se aprecia como un concepto que adquiere la posibilidad de ser empleado de manera generalizante y de construir perspectivas para la comparación. Mediante esto, se evidencia una continua asociación discursiva entre comunismo y aprismo. Esta relación es lo que posibilita el fortalecimiento de una red conceptual que asocia el PAP a la lucha de clases y la rebelión.

Este proceso refleja la dimensión transnacional del miedo anticomunista. Tal como indican Stone y Chamedes (2018), el comunismo era combatido globalmente por diversas razones, entre las cuales estaba su entendimiento como sinónimo de una conspiración para derrocar el propio orden social. De esta forma, la UR, al rotular al PAP como «esencialmente comunista», inserta su disputa local dentro de esta amenaza internacionalmente reconocida, a fin de justificar la necesidad de una respuesta autoritaria y fascista para «salvar» la nación de los males del comunismo y, por consecuencia, del aprismo.

No obstante, pese a la permanencia de la conexión entre las nociones de aprismo y comunismo en las publicaciones investigadas, el vocablo aprocomunismo perdió la preferencia de la prensa de la UR tras su fascistización. En su lugar, fueron movilizadas las nociones de «aprimismo», «comunismo» y «bolchevismo», pero ya no a través de neologismos que las fusionaran, como ocurría en el período sancheherrista con aproleguismo y aprocomunismo. Desde esta nueva lógica, la UR fascista encuadraba a sus adversarios locales a partir de las dicotomías de las luchas internacionales.

En lo que concierne al «aproveguíismo», se destaca que, en ese panorama de enfrentamiento a los opositores políticos, la UR en su fase fascista reformuló el leguismo. Cabe recordar que, desde el inicio del régimen de Benavides, los militantes urristas exigían una política más dura contra el aprismo. No obstante, pese a la política inicial de *paz y concordia* promovida por el gobierno, lo que se consolidó fue una doble oposición: la del PAP y la de la propia UR hacia Benavides (Candela, 2021, p. 71).

En octubre de 1933, se divulgó la noticia de un complot de la UR para derrocar al gobierno. Así, al buscar resguardarse y negar su participación en conspiraciones, la UR utilizó su prensa para intentar revertir la situación. Para ello, *Acción* publicó que, en realidad, existía la conspiración de un golpe de Estado de «carácter netamente leguista y su fin es constituir una junta de gobierno que la presidiría Jorge Prado» (“Se está tramando”, 1933, p. 3). En ese sentido, se busca indicar que el «leguismo» tenía capacidad suficiente como para infiltrarse en el gobierno de Benavides y realizar tales maniobras (Molinari, 2004).

En una publicación en el periódico *Acción*, la escritora Dora Mayer (1934) hizo un análisis del panorama peruano entre los años veinte y treinta. Con ello, criticó la alianza «leguista-comunista» para la elección de 1931, así como el programa aprista de Haya de la Torre, que sería comunista y, por lo tanto, asociado al leguismo. De tal forma, para Molinari (2004), Dora Mayer descalifica el aprismo y el comunismo a partir de esta asociación al leguismo, sinónimo, en aquellos momentos, de corrupción y sumisión.

Ante esto, se percibe un cambio en la estrategia de comunicación de la UR después de su fascistización, el cual surge a raíz del nuevo posicionamiento del partido en la arena política peruana bajo el gobierno de Benavides. La preferencia por el uso de los términos «aprimo» y «comunismo» puede entenderse como un indicio de la adopción de principios fascistas por parte de la UR y de su alineamiento con un discurso transnacional.

Además, tras la reorganización fascista del partido, la UR volvió a proyectar su inserción en el contexto electoral de 1936. Según Candela (2021), desde mediados de 1935, las organizaciones y los agentes políticos ya anticipaban ese escenario. La UR y el PAP, como los principales partidos políticos en ese contexto, pugnaban por la postulación de sus respectivos liderazgos. Sin embargo, si la candidatura de Luis Alberto Flores fue consolidada, el JNE rechazó la inscripción de la lista aprista encabezada por Haya de la Torre (Garaycochea, 1976).

En principio, los otros candidatos fueron Manuel Vicente Villarán y Jorge Prado, este último ex primer ministro apoyado por Benavides. Todo el proceso se caracterizó por la polarización, acentuada tras el estallido de la guerra civil española en julio de 1936 (Candela, 2021). En este marco, la UR siguió movilizándose desde una postura beligerante y mesiánica (Molinari, 2004).

En ese contexto, la amenaza aprista no figuraba de manera directa, al carecer de candidatura propia. No obstante, la UR buscaba descalificar a sus opositores asociándolos al aprismo, tal como lo ilustra su ataque a Jorge Prado: «solo hay dos partidos o sea la «Unión Revolucionaria» y el APRA; los apristas forman el comité de Prado presidido por el Señor Juan Muñoz, de filiación aprista este comité está formado con los parientes de Muñoz» (Cortez, 1936, p. 2). De esa manera, aunque esta no fuera la principal argumentación de la propaganda electoral urrista, su uso demuestra la práctica de descalificación política a partir de la asociación entre un candidato y el aprismo en el discurso de la UR.

El discurso urrista también movilizó la amenaza comunista desde un registro moral y familiar. En *La Batalla* se publicó una «alerta» a las «Madres Nacionalistas Peruanas» (1936). Según el artículo, había dos causas que combatir: «Primer lugar: defender la Patria de los demagogos enmascarados «Frente Unico Nacional» y, en segundo lugar: defender a nuestros hijos y a nuestros hogares de las destructoras doctrinas Comunistas» (“Madres Nacionalistas Peruanas”, 1936, p. 4). Esa afirmación presentaba al comunismo no solo como un peligro político, sino como una amenaza al elemento básico de la nación: la familia.

De ese modo, al proyectar a Flores como el candidato capaz de enfrentar tanto al candidato oficialista como a esa amenaza, articulaban en un solo gesto discursivo la disputa electoral local y el anticomunismo transnacional, este último formulado en una clave moral. Con ello, se buscaba la movilización política de las mujeres a partir de un rol social específico. Es decir, ellas fueron presentadas como guardianas del hogar y, por extensión, de la patria¹⁶.

Ante eso, es relevante señalar las múltiples maneras de combate al comunismo. Stone y Chamedes (2018) afirman que las estrategias adoptadas en ese enfrentamiento incluyeron la prohibición de partidos comunistas, campañas mediáticas de gran alcance, manifestaciones y presión política. En el caso analizado, se observan dos modalidades: la primera, empleada por el JNE al negar la inscripción aprista; la segunda, por la prensa de la UR (aunque esta no fue la única en utilizarla, sino parte de un esfuerzo más amplio).

Sin embargo, a quince días de la fecha señalada para los comicios, Luis Antonio Eguiguren solicitó su inscripción para postularse a la presidencia de la República (Garaycochea, 1976). El líder del Partido Social Demócrata firmó un acuerdo con los apristas, obtuvo apoyo de esa organización y logró alcanzar el primer lugar en las elecciones, seguido por Flores. Este resultado provocó el descontento de Benavides, quien formó un nuevo gabinete ministerial y declaró haber ocurrido una «infiltración aprista» en las elecciones (Candela, 2021).

16 Para obtener información acerca de la inserción de las mujeres en la UR, consulte Molinari (2004) y Machado y Reis (2023).

A partir de esa acción, el Congreso declaró la ilegalidad de los sufragios y el JNE decretó la anulación del proceso electoral. Con ello, Acción publicó el oficio que informaba la nulidad y presentó una moción para enjuiciar a Benavides por «haber impedido las elecciones presidenciales y parlamentarias» (Flores et al., 1936, p. 1). De esa manera, en defensa de su proyecto fascista y corporativista, libró diversos enfrentamientos con Benavides. Sin embargo, esta postura desató una vasta represión que alcanzó a Flores, a la dirección del partido y al conjunto del urrismo, lo que marcó el inicio de una fase de ilegalidad y fragmentación partidaria que se extendería hasta fines de los años treinta (Molinari, 2004).

Conclusión

Según Skinner (2014), la vida política plantea problemas cruciales, pues define los temas centrales del debate y la gama de cuestiones en discusión. En ese sentido, tal proceso está mediado por la naturaleza y los límites del vocabulario normativo disponible. Asociado a eso, Koselleck (2015) señala que la historia de los conceptos trabaja bajo la premisa teórica de confrontar y medir permanencias y alteraciones en los vocablos políticos y sociales. Desde esos principios, este artículo buscó entender las relaciones establecidas entre la UR y su carácter anticomunista.

Aunque el anticomunismo fuera un fenómeno más amplio en la sociedad peruana de los años 1930, la UR fue una importante difusora de esos ideales. En los primeros años (1931-1932), el uso del neologismo aprocomunismo fue un factor activo para deslegitimar y criminalizar el aprismo y para la radicalización de la UR. Con ello, se posibilitó la redefinición del campo político y lingüístico en términos duales y de oposición, y se justificó la violencia estatal del gobierno de Sánchez Cerro y la violencia paramilitar de la UR. Esto influyó en el horizonte contextual y discursivo que llevó a la posterior adopción del ideario fascista.

Sin embargo, los cambios de las situaciones políticas e históricas y el impulso para la creación de neologismos se relacionan de maneras distintas (Koselleck, 2015). En el caso investigado, desde la fascistización de la UR en 1933 hasta las elecciones de 1936, el discurso del partido puede interpretarse como alineado con categorías transnacionalmente reconocidas, con foco en la dicotomía internacional entre fascismo y comunismo, donde el comunismo se expresaba localmente en el aprismo.

Desde esta perspectiva, los cambios en la vida política, con la fascistización del partido y la represión bajo el gobierno de Benavides, se produjeron junto con una reorganización del vocabulario político de la UR. Con este recurso, se buscaba construir un enemigo compatible con su nuevo posicionamiento ideológico fascista y con su inserción en los debates del anticomunismo como fenómeno global. De esta manera, mediante la rearticulación local de una cuestión transfronteriza, se comprende que el fascismo latinoamericano dio lugar a respuestas y articulaciones históricas específicas en función del contexto político en el que se insertaba.

Referencias

Fuentes primarias

- Actividades. (1932, 10 de julio). *La Opinión* [Lima], 9.
- Castigo a los facciosos. (1932, 11 de julio). *La Opinión* [Lima], 2.
- Cortez, V. T. (1936, 4 de julio). Odiosa presión política. ¿Los apristas apoyan a Prado? *La Batalla* [Lima], 2.
- El clamor de los pueblos. (1932, 9 de julio). *La Opinión* [Lima], 2.
- El peligro de una reacción y de otra dictadura “seudo leguista”. (1931, 14 de agosto). El Grito del Pueblo [Huancayo] / *La Opinión* [Lima], 3.
- Flores, L. A. (1933, 8 de diciembre). Manifiesto a la nación del Dr. Luis A. Flores, Jefe del Partido Unión Revolucionaria. *Acción* [Lima], 12.
- Flores, L. A., Solís, A., Díez Canseco, M. y Delgado, E. (1936, 6 de noviembre). Moción de orden del día. *Acción* [Lima], 1.
- La izquierda repudia al APRA. (1931, 30 de agosto). *La Opinión* [Lima], 2.
- Las visiones del terror. (1931, 18 de octubre). *La Opinión* [Lima], 2.
- Lecturas para el pueblo: Revelaciones sobre la tragedia social que representa el comunismo. (1933, 21 de octubre). *Acción* [Lima], 4.
- León A., D. H. (1936, 23 de marzo). La vorágine política y los partidos en el Perú. *La Batalla* [Lima].
- Los absurdos pretextos que el Apra ha inventado para justificar una rebelión. (1931, 21 de octubre). *La Opinión* [Lima], 3.
- Madres Nacionalistas Peruanas. (1936, 23 de marzo). *La Batalla* [Lima], 4.
- Mayer, D. (1934, 18 de marzo). El Oncenio de Leguía. Una lección formidable. *Acción* [Lima], 1-4.
- Nuestro comentario. (1932, 8 de julio). *La Opinión* [Lima], 6.
- Política de partido. (1932, 7 de julio). *La Opinión* [Lima], 2.
- Se está tramando un golpe de Estado. (1933, 25 de noviembre). *Acción* [Lima], 3.
- Villarino, R. (1932, 10 de julio). El infierno del bolchevismo. *La Opinión* [Lima], 12.

Fuentes secundarias

- Anderle, Á. (1985). *Los movimientos políticos en el Perú entre las dos guerras mundiales*. Ediciones Casa de las Américas.
- Aricó, J. (2015). Mariátegui y la formación del partido socialista del Perú. *Pléyade*, (15), 243-285. <https://revistapleyade.cl/index.php/OJS/article/view/156>
- Basadre, J. (2014). *Historia de la República del Perú [1822-1933]* (Tomo 15). Producciones Cantabria.
- Candela, E. (2011). La Acción Patriótica: un movimiento doctrinario en una época polarizada (1935-1936). *Elecciones*, 10(11), 165-194. <https://doi.org/10.53557/Elecciones.2011.v10n11>
- Candela, E. (2021). *Peruanidad y Emoción Social: el carácter populista del gobierno de Oscar R. Benavides (1933-1939)*. Instituto Riva-Agüero.
- Carvalho Filho, S. de A. (2023). Nacionalismo. En K. Schurster e D. C. Maynard (Orgs.), *Novo dicionário crítico do pensamento das direitas: ideias, personagens e instituições* (Vol. 2, pp. 196-198). EDUPE.
- Chang-Rodríguez, E. (1984). El indigenismo peruano y Mariátegui. *Revista Iberoamericana*, 50(127), 367-393.
- Cicarelli, O. (1969). *The Sánchez Cerro Regimes in Peru, 1930-1933* [Tesis de doctorado, University of Florida].
- Contreras, C., y Cueto, M. (2018). *Historia del Perú contemporáneo: desde las luchas por la independencia hasta el presente* (6ª ed.). Instituto de Estudios Peruanos.
- Drinot, P. (2012). Creole Anti-Communism: Labor, the Peruvian Communist Party, and APRA, 1930-1934. *Hispanic American Historical Review*, 92(4), 703-736. <https://doi.org/10.1215/00182168-1727981>
- Garaycochea, P. M. (1976). *Historia del APRA, 1919-1945* (2ª ed.). Atlántida.
- Giesecke, M. (2010). *La insurrección de Trujillo: jueves 7 de julio de 1932*. Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú.
- Grecco, G. L., y Gonçalves, L. P. (eds.). (2022). *Fascismos iberoamericanos*. Routledge.
- Griffin, R. (2019). *Fascismo*. Alianza Editorial.
- Hobsbawm, E. (2017). *Viva la revolución: a era das utopias na América Latina*. Companhia das Letras.

- Kaysel, A. (2012). Os dilemas do marxismo latino-americano nas obras de Caio Prado Jr. e José Carlos Mariátegui. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 27(79), 49-63. <https://doi.org/10.1590/S0102-69092012000200004>
- Koselleck, R. (2015). *Futuro Passado: contribuição à semântica dos tempos históricos*. Contraponto.
- López Soria, J. I. (2022). *El pensamiento fascista en el Perú. Una antología (1930-1945)*. Editorial Ande.
- Machado, V. de A., y Reis, G. dos. (2023). Fascismo feminino latino: primeiras comparações entre a Ação Integralista Brasileira e a Unión Revolucionaria. *Locus: Revista De História*, 28(2), 185-201. <https://doi.org/10.34019/2594-8296.2022.v28.38390>
- Mann, M. (2004). *Fascists*. Cambridge University Press.
- Molinari, T. (2004). *La Unión Revolucionaria 1931-1939: una aproximación a la historia del fascismo en el Perú*. [Tesis de maestría, Pontificia Universidad Católica del Perú]. <http://hdl.handle.net/20.500.12404/129>
- Motta, R. P. S. (2002). *Em guarda contra o “Perigo Vermelho”: o anticomunismo no Brasil*. Perspectiva.
- Payne, S. (2003). *A History of Fascism, 1914-45*. Routledge.
- Pinto, A. C. (2021). *A América Latina na era do fascismo*. EdIPUCRS.
- Rachum, I. (1993). Intellectuals and the emergence of the Latin American Political Right, 1917–1936. *European Review of Latin American Studies*, (54), 95-110. <https://www.jstor.org/stable/25675572>
- Rénique, J. (2009). *A revolução peruana*. Editora UNESP.
- Rosa, T. de M. N. (2024). *Entre “A Razão” e “La Opinión”: nacionalismos de direita na imprensa latino-americana (1931-1932)* [Tesis de licenciatura, Universidad Federal de Juiz de Fora].
- Skinner, Q. (2014). *Los fundamentos del pensamiento político moderno. El Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica.
- Stone, M., y Chamedes, G. (2018). Naming the Enemy: Anti-communism in Transnational Perspective. *Journal of Contemporary History*, 53(1), 4-11. <https://doi.org/10.1177/0022009417735165>